

# **ORIENTACIONES DE LA IGLESIA Y DE LA COMPAÑÍA PARA LA PASTORAL UNIVERSITARIA DE AUSJAL**

*P. Valentín Menéndez, s.j.*

## Introducción

### *1.1. Esta exposición tendrá dos partes*

La primera más teórica consistirá en recordar las enseñanzas fundamentales de la Iglesia y de la Compañía de Jesús en relación con el apostolado universitario. Es el tema que se me ha pedido.

La segunda tiene por objeto sintetizar las consecuencias prácticas de estos hermosos ideales cristianos. Aunque decía Ignacio Ellacuría “que no hay nada tan práctico como una buena teoría”, sin embargo siempre ayuda dar tiempo a desentrañar la teoría en sus consecuencias para la acción.

### *1.2. Pero antes de comenzar el desarrollo de nuestro tema es importante escoger el marco que pueda encuadrar nuestras reflexiones*

Cuando hablamos de la pastoral universitaria (y sé que algunos de ustedes están intentando encontrar una mejor expresión para este trabajo), ¿a qué problema de la realidad estamos respondiendo? ¿Trabajamos en un campo marginal para la fe y para la Universidad? ¿Estamos escapando a las urgencias y necesidades prioritarias de nuestro mundo? En otras palabras, ¿cuál es la

importancia de nuestro trabajo? Nadie puede entregarse a algo con pasión si no está convencido de su incidencia y significatividad histórica.

En la “Carta Magna” de las universidades católicas o de inspiración cristiana, la Constitución Apostólica *Ex corde Ecclesiae*, Juan Pablo II se cita a sí mismo en una frase que pronunció al comienzo de su pontificado ante el pleno del Colegio Cardenalicio: el diálogo de la Iglesia con las culturas de nuestro tiempo es ese campo vital en el que “se está jugando al final del siglo XX el futuro de la Iglesia y del mundo (ECE. 3).

Con esta frase se está situando la misión de la Universidad y su pastoral precisamente en el campo de lo cultural, que es el campo en el que se juega el futuro de la fe y el futuro del mundo. La razón de ello ya la expresó su predecesor Pablo VI en su quizá mejor documento, la *Evangelii Nuntiandi*, que tanta influencia ha tenido en América Latina a través del Documento de Puebla: “la rotura entre evangelio y cultura es sin duda el drama de nuestra época (E. N. 20). (Por eso causó tanta consternación una breve noticia que salió en los periódicos italianos a fines del año pasado hablando de un país centroeuropeo. El titular rezaba así: “Se vende parroquia para convertirla en mezquita”. Todo un símbolo de esta rotura entre evangelio y cultura en el continente que durante siglos fue la sede y casi “propiedad” del Cristianismo).

### 1.3. ¿Pero por qué en nuestros días está llegando a ser tan importante la dimensión cultural de la realidad?

Existe el peligro de entender cultura meramente como acopio de conocimientos. Así un hombre culto, una persona que tiene una gran cultura, es aquel que posee una gran erudición. Quedaría por tanto fuera del campo cultural la mayoría de la humanidad. Entender así lo cultural impediría comprender en su amplitud que la rotura entre evangelio y cultura es “el” drama de nuestro tiempo.

Pero no es éste el sentido en que se entiende cultura en las citas usadas por Juan Pablo II o Pablo VI. Cultura hay que entenderla en sentido más profundo y global. En el sentido que ya el Concilio la entendió en la *Gaudium et Spes*, y más tarde se desarrolló en profundidad en el Documento de Puebla (N. 387) y en la CG 34 de los Jesuitas en su decreto sobre Misión y Cultura<sup>1</sup>.

1 Dec. IV “Nuestra Misión y la cultura”, N.1, nota 3: “cultura significa la manera en la que un grupo de personas vive, piensa, siente, se organiza, celebra y comparte la vida. En toda cultura subyace un sistema de valores, de significados y de visiones del mundo que se expresan al exterior en el lenguaje, los gestos, los símbolos, los ritos y estilos de vida”. Como se puede observar es una densa definición. Creemos que esto mismo está más clara

En este sentido la cultura constituye una de las dimensiones más profundas y abarcadoras de la realidad humana. Veámoslo.

La realidad de la cultura es una dimensión social que nos envuelve a todos desde nuestro nacimiento y que, de alguna manera, nos va constituyendo como seres humanos. Tiene tres niveles fundamentales.

El nivel más externo es el más visible y el que se expresa en las estructuras e instituciones de la sociedad, sean estas políticas, sociales, económicas, culturales. Este nivel más externo es el que aparece todos los días en los periódicos y noticias al hablarnos de los sindicatos, de los partidos, de los ejércitos, de las universidades, de la renta per cápita, del fondo monetario y de los bancos. Todas estas instituciones pertenecen también a la cultura de un pueblo.

Pero debajo de este nivel más externo está otro nivel también visible, pero sobre el que normalmente no nos preguntamos su porqué pues lo damos por supuesto: es la dimensión de las costumbres, expresiones artísticas y simbólicas, ritos festivos, celebraciones y lenguas características de un pueblo. También este segundo nivel pertenece a la dimensión cultural de la realidad que nos abraza a todos. Pero no es todavía la dimensión más profunda.

Pues existe por fin un tercer nivel en toda cultura. Es la dimensión más subterránea y que supone el cimiento de las otras dos: es el sistema de valores y modos de sentir que caracteriza a un pueblo, sus convicciones últimas que dan sentido a su ser. Es como la “conciencia colectiva” que tiene un pueblo, que aunque es colectiva y recibida, cada una la siente como propia y como objeto de su opción libre. Por eso la dimensión cultural es la dimensión que “legitima” todas las otras dimensiones humanas porque si están aceptadas por ella ya se consideran “propias” y no impuestas. Como podemos entender es este un campo íntimamente ligado –ciertamente en América Latina– a las convicciones religiosas.

Es a este nivel donde se sitúa el gran drama de nuestro tiempo: ya el evangelio –al menos en algunas partes antiguamente cristianas– no inspira el sistema de valores, la conciencia colectiva, la forma de ser de un pueblo. El Evangelio entonces resulta extraño, deja de interesar, de cuestionar, de dar sentido a la vida.

En este nivel de profundidad podemos entender por qué al final de la *Ex Corde Ecclesiae*, a modo de síntesis de todo el documento, se cite de nuevo la *Evangelii Nuntiandi* de Pablo VI con unas palabras tan significativas como las siguientes: Evangelización significa “llevar la buena noticia a todos los estratos de la humanidad y, con su influjo, transformándola desde dentro, hacerla nueva... No se trata de predicar el evangelio en capas geográficas más bastas y en poblaciones más numerosas, sino que se trata también de alcanzar y transformar mediante la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes de inspiración y los modelos de vida de la humanidad” (E. N 18. 19). Es decir, evangelizar significa inspirar el nivel más hondo de la cultura de un pueblo, lo que le hace ser él mismo.

Esta es precisamente, según la *Ex Corde Ecclesiae*, “la misión fundamental de la Iglesia” (n. 48) y a la que la Universidad de inspiración cristiana, “por su misma naturaleza hace una contribución importante... pues las actividades básicas de una universidad católica se encuentran en sintonía con la misión evangelizadora de la Iglesia”(n. 49).

Este es el marco y tarea de la pastoral universitaria: costurar la rotura que constituye el drama de nuestro tiempo: la dimensión más honda de la vida humana que se aleja del Evangelio. En esta gigantesca empresa el rol de la Universidad puede ser clave.

En este sentido llamó la atención una intervención en el Sínodo de América que tuvo lugar en Roma el año 1997, que incluso ha citado el P. General Peter Hans Kolvenbach hablando a los universitarios en Venezuela. Refiriéndose a América Latina se expresaba así un conocido académico latinoamericano: “el mundo de los no-creyentes está más cerca hoy de la fe explícita y de la Iglesia de lo que estaba hace cien años, entre otras cosas debido a la existencia de numerosas universidades católicas”. Por tanto aunque el reto es inmenso hay que enfrentarlo con esperanza. Hay razones también para ser optimistas.

Y esto es así porque la Universidad, como hermosamente expresaba Juan Pablo II en Guatemala el año 1983, inspirándose seguramente en el famoso Documento de Buga de 1967, debe ser “la conciencia viva de la sociedad” y por ello la anticipación de su futuro. Es decir, la parte más sensible y que mejor expresa lo que siente y vive una sociedad. Y al mismo tiempo la parte más preparada y crítica que más pronto se rebela contra todo lo que no responde a la verdad y al bien de un pueblo. Pues esta es precisamente la

esencia de la Universidad: la búsqueda y comunicación de la verdad para el bien común.

#### ***1.4. Y ya desde la introducción podemos empezar a sacar las primeras aplicaciones prácticas para nuestra pastoral universitaria.***

La primera sería intentar medir la conciencia que tenemos de la importancia del apostolado universitario que practicamos. Nadie trabaja con entusiasmo si no está convencido de la trascendencia de lo que hace. La pastoral universitaria se juega en el campo de lo cultural, del que depende la evangelización en su sentido más profundo, y en su centro más sensible, la Universidad. ¿Vivimos así nuestro trabajo? ¿Estamos a la altura de la preparación y entrega que exige?

La segunda reflexión práctica se refiere a la amplitud de la tarea encomendada. La pastoral es sólo una parte de la misión de la Universidad. No es meramente una parroquia, aunque pueda realizar labores pastorales y sacramentales. No es meramente pastoral juvenil, aunque se dedique con frecuencia a un público de jóvenes. Es un trabajo de evangelización explícita al servicio de esa misión que pretende unir fe y vida, fe y razón, evangelio y cultura, experiencia de fe y compromiso social y profesional. Es verdad que no puede abarcar toda la misión de la Universidad, pero tampoco puede salirse de ella ni empequeñecerse en multiplicidad de pequeñas actividades. Tiene que enmarcarse en esa gran misión de “unir existencialmente dos órdenes de la realidad que demasiado frecuentemente tienden a colocarse antitéticamente: la búsqueda de la verdad y la certeza de haber conocido ya la fuente de la verdad” (Juan Pablo II, discurso al Inst. Católico de París, 1 de junio 1980).

Para lograr mejor esa tarea esencial de “a la luz de la fe acompañar los itinerarios personales y comunitarios de integración de la existencia humana” (Const. Org. del Sect. Pasto. Ausj. 2.1), se debe evaluar:

- Por una parte, la presencia o la coordinación de la pastoral universitaria con el Departamento o Centro de integración de la Universidad que debe estar presente en cada uno de los currícula (Ausjal 1 18b), transmitiendo con “equipos especializados” la dimensión antropológica, ética y de realidad nacional (Ausjal 119).
- Por otra parte sería el momento de ver la coordinación existente entre la pastoral universitaria y las otras actividades universitarias (¿a través

de su representación en los órganos de gobierno universitario?) para ver cómo juntos vamos realizando esa misión universitaria y poder “contribuir a la necesaria tarea crítico-profética de confrontar la Universidad con su vocación y misión” (Constitución y Organización del Sect. Past. de Ausjal 2.4).

## I. El Concilio como respuesta al reto de la ruptura entre Evangelio y Cultura, de la lejanía entre Iglesia y Mundo

El acontecimiento que constituye la encrucijada de la Iglesia en estos últimos siglos es el Concilio. Si queremos situar bien nuestra pastoral tenemos que hacer referencia a él. Difícilmente se puede entender la Iglesia hoy sin la realidad desencadenada por el Concilio Vaticano II (1962-1965). Ustedes saben que generalmente los historiadores ponen en el siglo XVI la etapa de la historia de la Iglesia anterior al Vaticano II. En ese siglo tuvo lugar el Concilio de Trento (1546) como respuesta a la Reforma Protestante iniciada por Martín Lutero pocos años después de la llegada de los españoles y portugueses a América. El Vat. II es un hito histórico en la marcha de la Iglesia que inicia el fin de la época de la contrarreforma católica.

Cuando Juan XXIII convoca el concilio en 1959, tenía en ese momento dos objetivos fundamentales: por una parte el ecumenismo, el esfuerzo por unir a los cristianos. Y por otra el “*aggiornamento*”. Con esta última palabra Juan XXIII quería responder de alguna manera al problema de la creciente distancia entre la Iglesia y el mundo. El Papa Juan quería que la Iglesia se pusiera al día para con una vida y un lenguaje nuevo llevar con fuerza el mensaje del evangelio al mundo moderno. Él presentía también la ruptura, al menos en el primer mundo, entre evangelio y cultura contemporánea que está constituyendo el marco de nuestra reflexión.

Y el Concilio para esta grandiosa tarea de poner al día la Iglesia, hizo fundamentalmente dos cosas: redefinir su identidad y reformular su misión.

Para redefinir su identidad elabora una nueva eclesiología en la Constitución *Lumen Gentium*: se pasa de una Iglesia concebida como “sociedad perfecta” que se defiende de un mundo hostil, a una Iglesia entendida como expresión de la unión de los hombres con Dios y de los hombres entre sí (LG 1), como fermento y alma de la sociedad humana (GS 40), como Pueblo

de Dios (LG 9) que camina en medio de la historia de los hombres. En esta reformulación se expresa claramente el tránsito de una concepción cerrada a otra concepción más abierta de la Iglesia. Ratzinger expresa muy bien este cambio de época: la Iglesia pasa la página de “subsistir en sí misma como suprema posibilidad del ser, a la más significativa de abrirse, de darse, de ser sacramento del mundo”. Un famoso libro de aquellos años resumía también muy bien el cambio práctico de actitud surgido de esta nueva concepción: “del anatema al diálogo”.

Esta nueva identidad de la Iglesia implica también una nueva manera de entender su misión: “los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias” de la Iglesia (GS 1). Con esta cercanía al hombre de hoy le será más fácil a la Iglesia testimoniar al ser humano que Cristo es quien manifiesta “el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación”, que es una “vocación única” para todos los seres humanos, la vocación divina” de llegar a ser hijos de Dios. (GS 20).

Pasemos ahora a sacar las conclusiones prácticas de esta apretadísima síntesis conciliar en relación con nuestra pastoral universitaria.

El cambio operado por esta nueva visión del Concilio en la Iglesia fue inmenso. De tal forma que en algunos sectores se perdió el sentido de la realidad y se dio lugar a excesos y radicalismos que provocaron en unos pánico y desconcierto, en otros la reacción contraria de tipo tradicionalista y fundamentalista, y en otros la postura neoconservadora.

A nivel del laico profesional católico estas tendencias de tono más tradicional se han fortalecido en la Iglesia y se sigue proponiendo hoy con fuerza un modelo de cristiano que, temeroso de la identidad de su fe, busca seguridad y claridad ante el serio reto que propone al cristianismo el mundo de hoy. Le cuesta aceptar los aportes, muchas veces ambiguos de la modernidad, como son el pluralismo, la secularización (no el secularismo), el estudio crítico-histórico de la escritura... Esta postura tiende a absolutizar realidades que son relativas prescindiendo de la necesaria y correcta jerarquía de las verdades de la fe, queriendo someter toda otra postura eclesial a su limitada forma de pensar, incluso buscando el poder para imponer sus ideales espirituales.

Pero la Iglesia necesita también otro tipo de cristiano ilustrado. Como muy bien dice la *Ex Corde Ecclesiae* (n. 41) le toca también a la Universidad

católica preparar personas que tengan “una activa participación en la Iglesia” y que al mismo tiempo tengan un serio “compromiso en el mundo”. No se debe negar el rol que en la Iglesia también tiene que tener otros cristianos de carácter más conservador. Pero es necesario que las universidades recomendadas a la Compañía de Jesús hagan su aporte con otro tipo de cristiano de profunda experiencia espiritual, de lograda integración entre fe y cultura moderna, con capacidad de diálogo, tolerancia y discernimiento, y que al mismo tiempo tenga un coherente empeño en su compromiso social. Si todavía hoy no tenemos muchos de esos cristianos podemos esperar que el trabajo serio de la pastoral de nuestras universidades puedan formar esos cristianos que tanto necesitará el futuro de la Iglesia.

La pregunta que aquí brota es si esa labor la estamos haciendo con la suficiente seriedad y amplitud. O si todavía el futuro de la Iglesia y de su presencia en el mundo seguirá en manos de un solo tipo de cristiano, y no precisamente el soñado por la renovación del Vaticano II.

## II. El Concilio como tránsito de la Iglesia Occidental a la Iglesia mundial

Pero podemos hacer todavía otra reflexión sobre el Concilio que nos ayude a evaluar nuestro trabajo pastoral y al mismo tiempo nos abra a las reflexiones posteriores que aun tenemos que hacer.

Todos sabemos que en los grandes acontecimientos de la Iglesia los hombres podemos planear una cosa pero que el Espíritu puede tener planes y metas inesperados para nosotros. Por eso para poder interpretar con menos riesgo de error estos grandes acontecimientos es importante dejar pasar un poco de tiempo.

El gran teólogo Karl Rahner, después de unos quince años de haber terminado el concilio hace una interpretación de él que nos puede ayudar en nuestras reflexiones. Para Karl Rahner el gran fruto del Concilio no es tanto la abertura ecuménica postconciliar, ni siquiera el *aggiornamento* eclesial conseguido. Para Rahner el gran fruto inesperado y exuberante del Concilio, aquel que estaba empujando misteriosamente el Espíritu en su Iglesia, lo constituye el tránsito de una Iglesia occidental que deja paso al nacimiento de una Iglesia mundial. ¿Qué se quiere decir con eso?

Después del Concilio, sin negar la fundamental unidad con la tradición de la Iglesia, sí se produce un corte profundo con el pasado y comienza una actitud nueva más universal no solo en relación con la concepción de la libertad religiosa, con la actitud hacia las otras religiones e iglesias, con la postura ante la colegialidad de los obispos. Sino que se produce un hecho histórico mayor: el tránsito de una Iglesia culturalmente occidental a otra de rostro mundial en la que la misma fe católica se puede expresar según la sensibilidad y los problemas de las diversas culturas que se dan en nuestro mundo.

Apenas a los dos años y medio de clausurado el Concilio, agosto de 1968, inauguran esta nueva etapa los obispos latinoamericanos con un documento sorprendente: el famoso documento de Medellín. Uno de los teólogos de confianza de Pablo VI, José Colombo, al hacer evaluación de los 20 años del Concilio, reconocía que ya “en la *Evangelii Nuntiandi* de 1975 el problema fundamental de la evangelización se refiere a las nuevas culturas del tercer mundo y a la nueva problemática” de la justicia y de la paz exigida por una iglesia mundial.

Para captar un poco lo inusitado de este cambio es importante conocer la división de la historia de la Iglesia que a esta luz presenta Rahner en su interpretación del Concilio. Para él, culturalmente, la historia de la Iglesia sólo tiene tres períodos. El primero, brevísimo, abarca los pocos años de la Iglesia primitiva en el que el mensaje cristiano se transmitió en la cultura hebrea.

Enseguida, ya con San Pablo, comienza el largo y profundo proceso de traducción y transmisión de la fe a través de la cultura grecolatina occidental. A través de esta cultura llegó la fe a los diversos continentes, también a América. Es una larga etapa que abarca casi veinte siglos y llega hasta nuestros días.

Y finalmente el tercer período que con el Vaticano II abre la Iglesia a una comunidad verdaderamente mundial, con el ideal de expresar la misma fe católica universal en las diversas culturas. (Permítanme una anécdota que es al mismo tiempo una imagen epocal: la inauguración del Sínodo de África se inauguró con filas de mujeres de color danzando al sonido de ritmos africanos y avanzando en los preciosos mármoles de la nave central en la solemne liturgia de la Basílica de San Pedro en el Vaticano ante los ojos atónitos de algunos monseñores romanos. Como que con esas danzantes religiosas estaba entrando en la Iglesia una nueva cultura diversa a la expresada en la liturgia romana tan occidental).

¿Por qué hemos hecho alusión a esta interpretación del Concilio en esta reflexión sobre la pastoral universitaria de AUSJAL? La Iglesia católica ya no es sólo la iglesia occidental europea, sino también la Iglesia en proceso de encarnación en las diversas culturas. La Iglesia católica es también la Iglesia de Medellín, Puebla y Santo Domingo. Las Universidades católicas son también las universidades de AUSJAL con unas características propias. No existe la cultura sino culturas. No existe la Universidad sino las universidades concretas. No existe la pastoral universitaria sino la pastoral concreta, incultrada en América Latina, de estas universidades concretas que sin dejar de ser plenamente fieles a la fe católica de la Iglesia una y universal al mismo tiempo responden a problemática y formas de ser muy específicas.

Por ello tenemos que fundar nuestra pastoral tanto en las indicaciones universales de *Ex Corde Ecclesiae* y *Ecclesia in America*, como en las más incultradas de Medellín y Puebla, y en las más particulares de cuño ignaciano típicas de la Compañía de Jesús. No podemos romper la tensión entre universalidad e incultración: ni universalidad abstracta ni incultración cerrada. De otra forma no pondríamos responder al drama de nuestro tiempo de la ruptura entre evangelio y cultura que en cada región geográfica se vive de diverso modo e intensidad (no tendríamos por ello que hablar mejor de culturas).

### III. La *Ex Corde Ecclesiae* y la Pastoral Universitaria. (1990)

#### 3.1. Introducción

Todos ustedes saben que en 1990 Juan Pablo II escribió la “carta magna” (ECE 8) de las Universidades católicas. Incluso se tuvo en la AUSJAL un importante encuentro en Bogotá para estudiar este documento: *Ex Corde Ecclesiae*. Por ello mis reflexiones serán esquemáticas, reduciéndome a lo fundamental.

La ruptura entre evangelio y cultura es una realidad presente hoy en algunos países o una amenaza futura para otros. Pocos instrumentos tan aptos para enfrentar a mediano y largo plazo este reto como la misma universidad católica o de inspiración cristiana que, como dice Juan Pablo II, pone a la Iglesia “en el corazón de cada cultura” (n. 2).

Todos sabemos que la Universidad es uno de los laboratorios humanos más formidables de creación de cultura: el avance o el retroceso de la humanidad parte muchas veces de ella. No sólo muchos premios nóveles, sino también con frecuencia los gabinetes de gobierno y las publicaciones más significativas salen de hombres y mujeres que pertenecen a las comunidades universitarias. La presencia o ausencia de Dios en una sociedad parten no pocas veces de la Universidad, lo mismo que la correcta o incorrecta visión del ser humano y del orden internacional. Por no poner más que un ejemplo reciente, podemos recordar que a los padres del neoliberalismo se les llamaba los “*Chicago boys*” precisamente por la Universidad en la que enseñaban y se formaban.

### 3.2. Contenido de la misión de la universidad

#### Primero Universidad

Como pastoralistas que participamos en lo más específico de la misión de la Iglesia tenemos que estar claros sobre lo que constituye la esencia de la misión de la Universidad católica.

Esta tiene que ser en primer lugar universidad: comunidad de alumnos y profesores que investiga la verdad, que la trasmite y sirve al bien común de la sociedad en la que vive. Y todo ello con la debida autonomía administrativa y libertad académica. En lenguaje más conocido para nosotros se habla de la triple misión de investigación, docencia y proyección social esenciales a toda universidad.

En la última congregación general de los jesuitas el decreto sobre las universidades se afirma que el sustantivo es “universidad” y el adjetivo “católica” o “de inspiración cristiana” o “jesuítica”. Aunque a algunos esta formulación de sustantivo y adjetivo no les parece muy lograda, el mensaje fundamental es claro: una universidad católica o jesuítica tiene que ser una buena universidad, tiene que cumplir a satisfacción y dentro de sus posibilidades las exigencias de investigación y docencia que hacen de una institución una universidad prestigiada y respetada. Poco sentido tendría una institución “muy católica” pero poca o mala universidad.

Pero no basta que sea universidad sino que tiene que ser católica o de inspiración cristiana o jesuítica. ¿En qué consiste esta especificidad? ¿Por qué están tan interesadas la Iglesia y la Compañía de Jesús en estar presente en la Universidad. ¿Por qué se multiplican (¿en exceso?) en nuestros días las

Universidades católicas? ¿Aportamos algo especial a la investigación, a la docencia, a la proyección social típica de toda universidad?

En una universidad católica o de inspiración cristiana no sólo se quiere buscar la verdad investigando, enseñando, sirviendo al bien común de una sociedad, sino que esto se quiere y se debe de hacer de tal forma que ayude a conseguir en profesores y alumnos, y ojala en la misma sociedad, una lograda síntesis de fe y ciencia, de fe y vida, de fe-cultura-justicia, de profesionalismo y ética, de experiencia cristiana y vivencia social y profesional. El ideal es que la búsqueda y aprendizaje de las verdades con minúscula nos acerquen cada vez más a la Verdad con mayúscula que es Dios. Esta es la misión de la Universidad que se dice y quiere ser católica, de inspiración cristiana. Por ello debería de jugar un importante papel en la urgente empresa de superar el drama de nuestro tiempo: la ruptura entre evangelio y cultura.

La universidad católica por su misma naturaleza hace (idealmente) una contribución importante a la labor de evangelización de la Iglesia, pues “lleva a cabo una investigación iluminada por el mensaje evangélico que pone los nuevos descubrimientos humanos al servicio de los individuos y de la comunidad; que ofrece una enseñanza en un contexto de fe que forma hombres y mujeres capaces de juicio crítico y consciente de la trascendencia de la dignidad de la persona humana; que entrena profesionales capaces de incorporar valores éticos y auténtico espíritu de servicio; que dialoga con las culturas para que la fe pueda inculturarse mejor; que elabora una teología plenamente actualizada que responda a las aspiraciones de las generaciones de hoy” (ECE 49).

### ***3.3.- La pastoral dentro de la misión de la universidad***

Dentro de esta ambiciosa misión debe situarse la pastoral universitaria. Es el trabajo explícito, que implícitamente debe realizar la universidad como un todo, no sólo en sus investigaciones y enseñanza sino en todas sus actividades y hasta en su modo de organizarse.

No les extrañe que entonces la Iglesia señale lo típico de la pastoral universitaria como “el ofrecimiento a todos los miembros de la comunidad universitaria de poder integrar principios religiosos y morales con todas sus actividades, académicas o extra académicas. Es decir ayudar a la síntesis ideal cristiana: integrar la fe con la vida” (ECE 38).

Ustedes señalan, en su documento de Bogotá de mayo del año pasado, de forma muy completa y con formulaciones muy logradas siete medios concretos con los que la pastoral puede ayudar a lograr “a la luz de la fe la integración de la existencia humana. En síntesis esbozan ustedes ahí todo un proyecto de pastoral universitaria.

Pero sí me gustaría destacar una actividad concreta que el mismo documento pontificio resalta en el n. 40 y que no podemos dejar pasar por alto: una de las prioridades de la pastoral universitaria será transmitir a alumnos y profesores el sentido social de su vida, es decir “la responsabilidad hacia quienes sufren... atenta particularmente a los más pobres y que soportan las consecuencias de la injusticia económica, social, cultural o religiosa”. Si ustedes comprueban que este documento pontificio dedica cuatro párrafos al ministerio pastoral en las universidades, no deja de ser oxigenante que uno de ellos esté dedicado exclusivamente a la formación del sentido social de los miembros de la comunidad universitaria.

### *3.4.- Aplicaciones prácticas*

Les invito ahora a reflexionar sobre algunas consecuencias prácticas para nuestro trabajo. La primera sería la necesidad de una estrecha coordinación con las estructuras y autoridades universitarias en orden a participar plenamente de la misión de la universidad y de recordarle su finalidad última y característica. No debería ser la pastoral universitaria un reducto aislado que atiende las necesidades religiosas de algunas personas devotas que asisten a la universidad. Ya hemos hecho alusión a esto en la misma introducción, y ustedes, el año pasado, aludían a ello cuando hablaban del fortalecimiento de la dimensión pastoral en la estructura de AUSJAL. Me pregunto si eso no tendría que evaluarse también primero en cada una de las universidades (Const. Past. Ausjal 3.1 y 3.2).

Por otra parte, se impone la necesidad de tampoco contentarse con actividades sacramentales y espirituales, esenciales por cierto para toda pastoral pero que pueden quedar aisladas de la misión universitaria. Quizá tendríamos que preguntarnos si basta con la buena voluntad para hacer pastoral universitaria, o si más bien tienen que llenarse unas condiciones mínimas de preparación y sensibilidad para emprender esta tarea con un mínimo de éxito. Por ello podríamos preguntarnos hasta qué punto el pastoralista de AUSJAL puede prescindir totalmente de alguna presencia en el aula, especialmente en el área de integración.

Como la empresa es tan ambiciosa hay que ser conscientes que no puede ser obra de un individuo aislado. Debe ser obra de un equipo. La ECE habla de “suficiente número de gente calificada para este ministerio” (Normas gen. 6,2). Y de un equipo que requerirá tiempo y años para ir constituyendo una presencia a la altura del reto que se le impone. Equipo y estabilidad parecen requisitos indispensables.

Al mismo tiempo una pastoral como la que se propone idealmente –ya hemos dicho que requiere tiempo– supone una seria planificación, partiendo de metas realistas pero que aspiran a metas de largo alcance. Puede darse frustración si no se concretan las metas posibles y, sin fundamentos reales, se proclaman sólo las metas ideales. En este sentido es interesante la ponencia de Monseñor Terán tenida en Guadalajara en 1993 al hablar de las dos posibles maneras de entender la pastoral universitaria, sea a partir del ambicioso tema de la evangelización de la cultura sea a partir de la presencia sacramental y de formación espiritual en la vida de todos los días de la Universidad.

Pero lo dicho hasta aquí se refiere a todos los continentes. Son los ideales de la Iglesia en todas las universidades católicas del mundo. ¿Qué es lo específico de la pastoral universitaria en América Latina? ¿Cómo se unen las exigencias universales de la pastoral universitaria con las exigencias particulares de nuestro continente?

#### IV. *Ecclesia in America* (1999)

El primer tramo del descenso de lo universal a lo particular lo podemos recorrer estudiando el mensaje de la exhortación apostólica pos-sinodal recientísima de Juan Pablo II, que fue entregada a los obispos del continente en el santuario de la Virgen de Guadalupe de la ciudad de México en enero de este mismo año.

Es el momento de exponer nuestra interpretación de esta exhortación apostólica y de sacar las consecuencias para la pastoral universitaria en el continente americano. Veremos cómo se va concretando esa meta ideal y universal de unir fe y vida, fe y ciencia, fe y cultura, que es la meta de la misión universitaria cristiana.

El primer punto a considerar en la exhortación apostólica postsinodal es el mismo subtítulo: “encuentro con Jesucristo vivo, camino de conversión, de comunión y de solidaridad”. Tenemos con ello ya esbozadas las cuatro primeras partes del mensaje. Primera: encuentro con Cristo. Segunda: con-

versión. Tercera: comunión eclesial. Cuarta: solidaridad con los demás. No se puede negar que es difícil proponer un programa más completo con menos palabras.

En este contexto conviene desde el principio destacar el centro que recorre todo el documento: la centralidad del encuentro personal con Cristo y del aliento evangelizador que ese encuentro, si es verdadero, tiene que despertar en un continente cristiano pero con tantos problemas. No cabe duda que con ello se toca la raíz de la fe cristiana: encuentro con el Cristo vivo y misión apostólica universal. Y yo me pregunto si no hay aquí un reencuentro con nuestra esencia cristiana exigido en parte por el reto de la evangelización protestante en el continente.

Y no cabe duda que para la pastoral universitaria que busca el ideal de fe y vida, primero tiene que preguntarse si el joven universitario o el maduro profesor tiene fe, es decir, ha tenido ese encuentro personal con Cristo que es la condición necesaria para una verdadera fe cristiana. Es sumamente importante la afirmación de Juan Pablo II de que a pesar del reconocimiento de la piedad popular como algo característico del continente americano, que incluso llega a considerarla como “lugar de encuentro con Cristo” y “expresión de inculturación de la fe” (EIA 16), sin embargo se abre paso de forma significativa la afirmación de que hoy día en el continente americano “la fe ya no puede ser presupuesta” (EIA 69).

Pero en la estructura del documento hay un dato curioso. El documento no tiene cuatro partes –según los grandes acápites antes mencionados–, sino cinco partes. La última está dedicada precisamente a la “misión de la Iglesia hoy en América Latina: la nueva evangelización”. Y es como una síntesis de todo el documento. Como si viniera a decir: después de este largo documento que intenta resumir toda la problemática del continente, quiero decirles cuáles son las cosas más importantes que lo resumen todo, los puntos que deben concentrar nuestro empeño y que constituyen la esencia de la nueva evangelización del continente. Me atrevería a decir que aquí está el mensaje del Papa, después de haber escuchado y comunicado el mensaje del episcopado de todo el continente.

¿Y en qué consiste la nueva evangelización del continente? Evidentemente en el anuncio de Cristo (EIA 67-68), su asimilación en la catequesis (EIA 69) y el empuje misionero (EIA 66) que brota del encuentro con el Señor. Pero inmediatamente se pasa como contenido de esa misión a la “evangelización de la cultura” (EIA 70) encabezada por la cita de la *Evangelii Nuntiandi*

de “la rotura de evangelio y cultura”. Y esta evangelización de la cultura tiene dos nervaturas: la educación y los Medios de Comunicación Social (MCS). El número dedicado a la educación (secundaria y universitaria) es el número más largo del documento. Creo que en pocos documentos del Papa se acentúa tanto el rol de la educación en la evangelización de la Iglesia, que llegar a ser designado como “campo privilegiado para la inculturación del evangelio” (EIA 71). Y dentro de él se asigna a la pastoral universitaria una “particular solicitud” para que “los estudiantes lleguen a ser ellos mismos evangelizadores del medio universitario”(EIA 71). Es claro para Juan Pablo II, expresando el resumen del Sínodo de América que “en el proyecto de la nueva evangelización del continente americano el sector de la educación ocupa un puesto privilegiado”.

Pero esta última parte que describe la nueva evangelización del continente americano no solo se refiere a los sectores prioritarios de actividad, sino que también señala dos destinatarios privilegiados.

El primero naturalmente son los pobres (EIA 67b) que ya en el evangelio de Lucas explícitamente son señalados como los privilegiados de la misión del Mesías. El segundo destinatario lo constituyen “los dirigentes de la sociedad” (EIA 67c). Y nosotros añadimos que en un porcentaje altísimo, estos dirigentes pasan o han pasado por la universidad. Por eso no nos parece exagerado poder resumir los destinatarios de la nueva evangelización en el continente americano si utilizamos dos palabras: pobres y universitarios. Y de estos últimos se repite la importancia que tiene formarlos en su conciencia social, en la doctrina social de la Iglesia (EIA 18, 54-56, 67C).

Las conclusiones que aquí se desprenden para la pastoral universitaria son evidentes: conciencia creciente de la importancia del trabajo universitario no sólo a nivel de sector de actividad sino también como destinatario privilegiado de la actividad de la Iglesia en la nueva evangelización. Como podremos ver en otro contexto, desde la crisis de Medellín que expresaba un profundo cuestionamiento a las instituciones educativas, no cesa de crecer en estos treinta años la valoración que hace la Iglesia de la importancia apostólica de la educación.

### *Aplicaciones prácticas para nuestra pastoral*

La pastoral universitaria tiene que partir de una fe que brota del encuentro personal con Cristo y que ofrece una seria formación, particularmente en la Doctrina social que capacita al laico a ejercer su misión de fermento del

mundo secular. ¿No se debería entonces multiplicar las ocasiones de anunciar el *kerigma* cristiano para posibilitar el encuentro personal con Cristo, base de todo proceso de formación cristiana? Esto naturalmente dentro de un profundo respeto a los diversos caminos y grados a los que Dios llama a cada persona. Pero no podemos suponer la fe: la pertenencia a la Iglesia de las personas va a depender cada día menos del bautismo y cada vez más de la comunidad que haya anunciado y comunicado un Cristo vivo. ¿No debería ofrecer la Universidad una plataforma importante para ello?

## V.- Medellín, Puebla y Santo Domingo

### 5.1. Medellín

Pero todavía podemos descender más en el proceso de encarnación de la pastoral universitaria. Del mensaje universal de la *Ex Corde Ecclesiae* pasamos a lo continental de la Exhortación pos-sinodal *Ecclesia in America*. Y de lo continental bajamos ahora a lo latinoamericano. La Iglesia mundial que nació en el concilio es mundial porque siendo universal al mismo tiempo está plenamente inculturada en cada pueblo. Nos toca ahora, después de señalar los rasgos que pueden ayudar a la pastoral universitaria católica y americana, encontrar los rasgos que la constituyen latinoamericana. Porque la pastoral tiene que responder a una realidad determinada y concreta. ¿Cómo conocer y determinar la realidad latinoamericana en la que tiene que vivirse la unidad de fe y vida?

Los dos grandes aportes de la Iglesia Latinoamericana a la identidad cristiana del continente están sintetizados en las grandes reuniones de la Iglesia Latinoamericana: las reuniones de Medellín (1968) y Puebla (1979). Creemos que el aporte de Santo Domingo (1992), por razones que sería prolijo enumerar aquí, no es tan significativo y está fundamentalmente incluido en las dos reuniones anteriores.

Medellín es la primera prueba de la realidad de una “iglesia mundial” como fruto del Concilio Vaticano II. Es la respuesta creativa y propia de la Iglesia Latinoamericana cuando, con la nueva actitud de servicio y apertura al hombre en nombre del Evangelio aprendida en el Concilio Vaticano II, la Iglesia descubre su propia realidad: la de las mayorías pobres y creyentes. Ante esa realidad se propone como misión la de asumir, desde el espíritu del Evangelio, el cambio hacia una mayor justicia en el Continente como la forma más eficaz de asegurar la paz tan amenazada por las estructuras de pecado:

“No tendremos continente nuevo sin nuevas y renovadas estructuras. Pero sobre todo no tendremos continente nuevo sin hombres y mujeres nuevas que a la luz del evangelio sepan ser libres y responsables” (Just. 3b).

Desde Medellín no se puede concebir en América Latina una integración de fe y vida sin un compromiso serio por la construcción de sociedades más justas y dignas. Como dicen los Obispos en su Mensaje introductorio: “debe terminar la separación entre la fe y la vida, porque en Cristo Jesús lo único que cuenta es la “fe que obra por medio del amor” (Gal. 5,6) Mensaje: compromisos.

No es extraño por ello que las consignas de Medellín vayan en esta dirección: “la enseñanza teológica debe estar en todos los sectores de la Universidad en armónica integración... y en íntima comunión con las exigencias más profundas del hombre” (Educ. IV, 21). Pero no basta este mensaje al interior de la Universidad: ella “debe estar integrada en la vida nacional y responder con espíritu creador y valentía a las exigencias del propio país” (IV. 23), y ojala “que todos los sectores sociales tengan acceso sin discriminación” (IV.18) a la universidad católica.

Con estas metas el juicio que se hacía la Iglesia de aquel tiempo de las universidades católicas hay que reconocer que no era muy halagüeño: “el esfuerzo que han significado la creación de Universidades católicas en América Latina no ha respondido a las expensas que se cifraban en ellas” decían sinceramente los obispos reunidos en Buga (n. 1) en 1967 preparando la reunión de Medellín. Por esta razón no pocos religiosos dejaron las instituciones educativas para empeñarse en actividades que se creían con mayor sentido social en beneficio de las mayorías pobres. El cuestionamiento de las instituciones educativas y de la labor cristiana realizada en ellas fue en estos años muy fuerte. Pero, no podemos olvidarlo, también se promovió el esfuerzo de las universidades y de las instituciones educativas para ponerse a la altura de las nuevas exigencias cristianas.

Una prueba de ello son las palabras de Ignacio Ellacuría al conceder, *post mortem*, el doctorado a Monseñor Romero en la UCA del Salvador en el año 1985:

La universidad no sin el influjo de la reunión de los obispos latinoamericanos en Medellín en 1968, sostuvo que en América Latina y, más particularmente en el Salvador, la paz tenía un nombre preciso: liberación (...) Sostuvo (...) que las palabras

justicia, libertad y paz no fueran ya mentiras políticas sino realidades puestas en marcha y disfrutadas realmente por más y más hermanos salvadoreños.

Para nuestra reflexión pastoral quedan siempre como un reto los interrogantes lanzados por Medellín a las Universidades:

- La integración del mensaje de la fe en todos los currícula.
- La integración de la universidad en la vida nacional y en sus problemas.
- La integración en la Universidad de todas las clases sociales.

## 5.2. *Puebla y Santo Domingo.*

Si Medellín supuso para la fe cristiana de los latinoamericanos el compromiso con un mundo más justo y pacífico (los primeros y más conocidos documentos de Medellín fueron precisamente los documentos de “Justicia” y “Paz”), la reunión de los obispos de Puebla no sólo confirmó esta opción sino que la completó y profundizó diez años más tarde, en 1979, ya con la presencia de Juan Pablo II, introduciendo el tema de la cultura.

La preparación de Puebla dio ocasión al debate teológico más amplio e intenso de la historia de la Iglesia Latinoamericana. Las posturas se polarizaron: los defensores de la justicia contra los promotores de la cultura. ¿Cuál era el reto de la Iglesia latinoamericana después de Medellín? ¿Seguir insistiendo en un continente más justo ante una creciente brecha social, o promover la identidad cultural cristiana del pueblo latinoamericano en el que comenzaban a sentirse los embates secularizantes de la cultura moderna?

Con el tiempo y una mayor serenidad se empezó a captar que la respuesta de Puebla no era una respuesta de exclusión sino de integración. La Iglesia latinoamericana lanzaba no sólo la opción preferencial por los pobres como exigencia de todo cristiano que se preciara de serlo, sino que hacía ver que esta opción no era diversa de la evangelización en profundidad de la cultura cristiana que el pueblo latinoamericano había recibido de sus mayores. Defender, purificar y promover esta fe que formaba parte del modo de ser latinoamericano era una tarea que no podía menospreciarse sino que se debería profundizar como herramienta esencial de evangelización de la cultura moderna y como motor de liberación integral.

Por eso desde Puebla no sólo es importante el empeño de justicia por mejorar las estructuras sociales para que se viabilicen sociedades más dignas para todos, sino que también hay que conocer las estructuras culturales que están al fondo de nuestra compleja realidad latinoamericana y que, durante siglos, han empapado de valores cristianos nuestras sociedades y que hoy hay que purificar y actualizar para que puedan seguir siendo motor de liberación integral y modelo de integración cultural en una época de cambios sin precedentes.

Puebla por tanto plantea a la fe cristiana una doble tarea: la evangelización de la religiosidad popular para hacer crecer la identidad cristiana del continente y a la vez promover el potencial liberador de nuestro pueblo. Se trata al mismo tiempo de la meta de estimular sociedades cada vez más justas y dignas pero que no pierdan sus valores cristianos profundos.

Por ello el clima de Puebla ya es distinto del de Medellín en relación con la Universidad y su misión en la sociedad. Puebla señala la enorme demanda de enseñanza superior” (DP 1051) y la labor clave de “formar líderes constructores de una nueva sociedad” (DP 1054), que sólo logrará si la Universidad logra transmitir con la fuerza del evangelio “una cultura integral (...) en la que lo nacional, humano y cristiano logren la mejor armonización” posible (DP 1060). Y aunque exige un “continuo autoanálisis” de su misión, Puebla es consciente que hay que ser muy cuidadoso con hacer juicios demasiado radicales sobre la Universidad pues “los resultados universitarios no pueden medirse a corto plazo”.

Santo Domingo prosigue en la misma línea e incluso avanza más. Hace un llamado “a los religiosos que han abandonado el importante campo de la educación católica para que se reincorporen a su tarea recordando que la opción por los pobres incluye la opción por los medios para que la gente salga de su miseria, y uno de esos medios privilegiados es la educación” (S. Domingo n. 275).

¿Cómo se puede traducir el aporte de Puebla en la pastoral universitaria?

América Latina no se transformará si los universitarios, que cuentan con las herramientas técnicas y organizativas de la modernidad y los poderes y haberes de la sociedad, no hacen como miembros de la Iglesia Latinoamericana la opción preferencial por los pobres. Y esta difícilmente se podrá hacer sin

una profunda conversión y una visión de fe que solo una seria pastoral puede transmitir en libertad.

Unas frases del P. Kolvenbach el año 1990 en la Universidad Iberoamericana de México expresan muy bien esta exigencia:

nuestra opción educativa es englobante y exigente porque nos pide educar a todos –ricos, clase media y pobres– pero desde una perspectiva de justicia, desde las necesidades y esperanzas de los pobres (...) La opción por los pobres ha de ser para toda la comunidad educativa un criterio tan evidente y claro que nunca tomemos una decisión importante en la vida universitaria y profesional sin pensar antes en el impacto que producirá en las mayorías desvalidas del país.

En la formación continua de docentes, investigadores y administradores (Línea de Acción 2 de AUSJAL) sería interesante estudiar qué rol tiene esta opción preferencial por los pobres, punto tan esencial para un cristiano latinoamericano.

Otro cuestionamiento práctico se refiere al estudio y/o valoración de la cultura cristiana de la gente. Y al mismo tiempo un intento por conocer más profundamente la compleja realidad cultural de América Latina en la que simultáneamente están presentes la cultura posmoderna, la cultura popular emergente de los inmensos barrios de nuestras ciudades, y las culturas indígenas y afroamericanas. Cuando en las clases de integración tratamos los temas de la realidad nacional y de la visión antropológica del ser humano (Línea de Acción 1 de AUSJAL) deberíamos reflexionar en qué medida está presente el tema tan actual y candente de la cultura.

## VI. Especificidad jesuítica de AUSJAL

Hemos enmarcado la pastoral universitaria en el nuevo movimiento eclesial impulsado por el concilio. En este marco el distintivo cristiano universal tiene que estar unido a las particularidades locales de cada región pero también a los diversos carismas con los que se vive la fe cristiana. La Compañía de Jesús ha aportado a la Iglesia su carisma y tiene su forma propia de vivir la fe cristiana y de enfocar su trabajo y pastoral universitaria. Modestamente creemos con ello poder potenciar su identidad cristiana y latinoamericana.

Llegamos por tanto, después de lo eclesial y latinoamericano a lo jesuítico. Pero para poder introducirnos en el tema necesitamos mencionar un elemento clave que fue una de las características principales del último congreso mundial de los Jesuitas: la CG 34 del año 1995. En esta última Congregación General se destacó el hecho de que los jesuitas ni trabajan, ni deben trabajar, ni pueden trabajar solos. Ya el Concilio Vaticano II había destacado que a los laicos por fuerza de su bautismo les compete esencialmente también participar en la misión de la Iglesia. No es una concesión, ni una oportunidad en tiempos difíciles, sino un derecho de su ser eclesial y cristiano.

Los jesuitas quieren por tanto, no sólo ofrecer colaboración en su trabajo a laicos, sino que están convencidos que Dios llama a algunos de ellos a participar en la misión de la Compañía de Jesús. Participar en la misión es algo mucho más grande y ambicioso que meramente trabajar e incluso colaborar en una obra de la Compañía de Jesús. Misión significa, en este contexto, participación en la obra de Cristo y por lo mismo incluye vocación a la que Él invita y que capacita para esa misión y que exige entrega entusiasmada de la propia vida.

Y si esto es así en los diversos trabajos de una obra de la Compañía, ¡cuánto más en el trabajo explícitamente cristiano de la pastoral universitaria! Estamos afirmando por tanto que a la pastoral universitaria no pueden ni deben llevarla solo los jesuitas, que necesitan no solo compañeros de equipo de trabajo sino también apóstoles laicos, personas vocacionadas por Dios para la misión de la pastoral universitaria de la Compañía de Jesús.

Ya sólo este punto de la vocación para la misión común de jesuitas y laicos requeriría de parte de todos una seria evaluación.

### **6.1. Los Ejercicios Espirituales**

Y normalmente ¿dónde se verifica esa llamada y donde se forma para esa experiencia espiritual de misión según el carisma concreto de Compañía de Jesús?

Hoy día, gracias a Dios, estamos todos claros que difícilmente se podrá llevar con plenitud el trabajo de equipo de la misión de la pastoral universitaria si los Jesuitas y laicos que se embarcan en ella no participan del mismo espíritu y misión. Es decir si no han hecho en profundidad la experiencia de los ejercicios de San Ignacio (de al menos ocho días y ojalá de los ejercicios completos, sea en retiro sea en la vida ordinaria).

En los *Ejercicios* se hace la experiencia cristiana que hay que transmitir a los demás en la Universidad. Experiencia cristiana que tiene dos elementos fundamentales: la experiencia de sentirse pecador, amado, perdonado y transformado por Dios, y la experiencia de sentirse personalmente llamado a compartir con y como Cristo la misión de llevar adelante el Reino de Dios en este mundo. Sin esa experiencia de conversión y de llamada al seguimiento de Cristo hoy en nuestro mundo difícilmente vamos a compartir un equipo de trabajo universitario, y difícilmente vamos a transmitir una impronta ignaciana y jesuítica a la universidad y a la pastoral que realizamos.

Los *Ejercicios Espirituales*, con sus modos propios de orar, de incorporar el Evangelio, examinarse, discernir, sentir con la Iglesia y comenzar a encontrar a Dios en todas las cosas, no solo son entrenamiento personal de cada uno de los agentes de pastoral sino también medio privilegiado para transmitir una mística cristiana en la Universidad. A través de ellos lograremos, en nuestra diversidad y pluralidad, hablar un mismo lenguaje y transmitir la esencia de un mensaje coherente en la diversidad y fracturación cultural de nuestro medio.

Esta experiencia nos capacitará también para esa sensibilidad discernidora que dentro de tantas cosas a realizar nos permitirá acertar con los medios concretos que requiere hoy un proyecto pastoral eficaz y actual en el mundo universitario de hoy.

Esta es la aplicación práctica más importante para una pastoral universitaria que además de eclesial y latinoamericana quiera ser jesuítica-ignaciana: ¿hasta donde ha llegado la experiencia espiritual de los ejercicios en los miembros de nuestro equipo? ¿hasta donde ha llegado la experiencia de los ejercicios (en sus diversos modos) en nuestra pastoral universitaria a nivel de profesores, estudiantes, trabajadores? Ya la segunda línea de acción de AUSJAL decía que debemos fomentar en todas nuestras universidades una oferta creciente de retiros espirituales y Ejercicios de San Ignacio para el personal académica y administrativo que pueda y quiera hacerlos libremente. Nuestras universidades dedicarán personal y recursos para desarrollar esta actividad con calidad: ella no debe ser dejada a la improvisación o vista como algo excepcional sino algo lógico que se deriva de su específica identidad.

## **6.2. La actualización de la Misión de la Compañía de Jesús: CG 34**

Pero no basta haber hecho la experiencia de los ejercicios. Hace falta que esa capacidad de discernir aprendida en los ejercicios se ejerza continua-

mente para actualizar la misión de Cristo hoy en nuestro mundo. Quienes en el siglo XVI o XVIII o en los años cincuenta de este siglo hicieron ejercicios veían de distinta manera la instauración del Reino de Dios de como la vemos y sentimos hoy.

Incluso, hoy día dentro de la Iglesia existen maneras y estilos muy diversos de concebir su misión. La Compañía de Jesús—dentro de la misión de la Iglesia— tiene una forma propia de concebirla. Considera que no se trasmite una verdadera fe hoy si al mismo tiempo no se trasmite la exigencia de esa fe de realizar obras de fraternidad y justicia en este mundo. Consiguientemente las universidades encomendadas a la Compañía son “lugares de serena y abierta investigación de la verdad” (CG 34, 17.6) como no podía ser menos. Pero nuestras universidades deben también descubrir en su propia estructura como institución y en sus objetivos un campo específico para el encuentro con la fe que hace justicia” (CG 34, 7). Esto mismo lo expresaba el P. Kolvenbach años antes en la universidad de Georgetown (1989): “en vez de considerar la justicia en nombre del evangelio como una amenaza la debemos de considerar como un compromiso que nos fuerza a reevaluar nuestras Universidades, nuestras prioridades en la docencia, nuestros programas, nuestros esfuerzos de investigación” (introducción al discurso).

Esto hoy día ha llegado a ser algo tan evidente también en la Iglesia—y quizá algo se ha debido al influjo de la Compañía— que la propia *Ex Corde Ecclesiae* entre los puntos que concretan la misión de la Universidad católica en el mundo está “la promoción de la justicia social” (ECE 34.40), y entre los puntos a investigar hoy en una universidad católica destacan entre otros “la promoción de la justicia para todos... una más justa distribución de las riquezas... un nuevo orden económico y político mundial” (ECE 32).

Esto ya era un antiguo aporte de la Compañía que todos conocemos y que en el último cuarto de siglo cambió incluso la imagen de los jesuitas. Lo que sí es un acento nuevo en la CG 34 es haber precisado explícitamente la fuente de ese empeño por la justicia: brota de la fe cristiana y no meramente de justificaciones o identificaciones con “ideologías o movimientos políticos particulares” (D 3.4).

También en el empeño por la justicia de las décadas pasadas había un acento casi exclusivo en el cambio de las estructuras de la sociedad. Sigue siendo una meta ideal pero no pueden descuidarse programas y personas concretas a las que podemos proporcionar una vida mejor según las urgencias de los signos de los tiempos: refugiados, indígenas, problemas ecológicos,

gente sin tierra, niños de la calle, drogadictos... y tantas otras víctimas de este mundo fracturado y cruel.

Los programas de voluntariado o servicio social de nuestras universidades, y que tan cerca deben estar de nuestro esfuerzo pastoral, son realizaciones concretas de esta orientación de la Compañía.

Pero la gran novedad de la CG 34 es hacernos caer en la cuenta de la complejidad del mundo en el que vivimos y que confirma el marco en el que hemos colocado todas nuestras reflexiones.

Ayer creíamos que con un análisis socio-político-económico podíamos llegar a las últimas causas de la realidad. No habíamos descubierto todavía la trascendencia de su dimensión cultural. La CG 34 nos dice que uno de los grandes aportes que podríamos hacer en una universidad de inspiración jesuítica es “mostrar que la injusticia del mundo tiene sus raíces en el sistema de valores de una poderosa cultura moderna que está teniendo impacto mundial” (D 4,24). Incluso nos llega a aconsejar que quizá como miembros de una red de instituciones que participan de la misma manera de concebir la misión deberíamos concentrar nuestros esfuerzos “en la transformación de los valores culturales que mantienen y justifican un orden social injusto” (D 4,28.3).

A más de uno de ustedes no les habrá pasado desapercibido el hecho de que estamos repitiendo, o más precisamente, de que estamos concretando la misma tarea encomendada por Medellín y por Puebla. Evidentemente que sí: seguimos batallando contra esa rotura entre evangelio y cultura, entre fe y vida que ha sido el centro de nuestras reflexiones. Pero en vez de aburrirnos con la repetición nos reconfirmamos en ella porque desde ángulos tan diversos se nos impulsa y se nos concretan las mismas metas.

El último aporte de la CG34 a nuestra pastoral universitaria todavía no ha sido mencionado anteriormente y creemos corresponde muy bien a los desarrollos más recientes de nuestra sociedad y este sí rebasa un poco el mensaje de las reuniones eclesiales latinoamericanas.

¿Se dan cuenta que hoy nuestros países son países cada vez más pluralistas, con cantidad de concepciones y ofertas religiosas? ¿Dónde queda ya el Brasil exclusivamente católico, la Latinoamérica únicamente católica? Hoy encontramos iglesias y religiones en cada uno de los rincones de nuestras ciudades y quizá ya en algunos de los miembros de nuestras familias. (La hermosa película brasileña “Estación Central” nos lo hace vivir claramente).

¿Qué hacer ante esa situación? ¿Iniciamos una nueva cruzada, instituímos de nuevo la Inquisición? ¿Cómo se comporta una institución educativa que tiene el espíritu de la Compañía de Jesús? ¿Qué actitudes debe transmitir la pastoral universitaria de AUSJAL?

La nueva actitud podemos resumirla en tres rasgos fundamentales. El primero consiste en ver este pluralismo religioso con una visión de fe, con los ojos de Dios: estamos presenciando “el diálogo profundo de Dios en su larga historia de autorevelación con la humanidad” (D 5.5) y así podremos ir comprendiendo más profundamente el significado de Cristo en relación con esa historia de revelación de Dios (D 5.7). Podrán haber tenido una escasa formación quienes abrazan distinta fe a la católica, pero normalmente no se les puede achacar mala voluntad y sí una búsqueda sincera de Dios y una liberación del mal que desgraciadamente nosotros en la Iglesia católica no hemos sabido llenar ni transmitir.

Esta actitud de respeto es la que se expresa en la segunda actitud propuesta por la Compañía para un mundo pluralista: la del diálogo como arma fundamental de convivencia. En América Latina y en el mundo no son pocas las universidades encomendadas a la Compañía entre las que se encuentran a gusto gente de otra profesión de fe —judíos, musulmanes, protestantes— precisamente por la tolerancia y respeto con el que se sienten tratados y que augura un mundo diverso del que actualmente presenciemos en el que la fe pareciera ser un arma arrojadiza propiciadora de mayor violencia.

Finalmente esta presencia en un mundo plural, presencia de fe y tolerancia, nos ofrece un horizonte inmenso de colaboración que tenemos que saber aprovechar: hay que “desencadenar el potencial liberador y pacificador de las religiones de este mundo para construir un mundo nuevo” (D 5.2,3), pues el compromiso en pro de la liberación integral humana, especialmente de los más pobres, “resulta punto de encuentro de las religiones” (D 5.8). Hay por delante una inmensa empresa por la justicia y por la paz en el mundo.

Esta nueva actitud, si no la vivimos con convicción y coherencia, no está exenta de riesgos ni de acusaciones interesadas: hace unos años se acusó a los Jesuitas y a sus instituciones —y también desde dentro de la Iglesia— de marxistas por haberse entregado con pasión a la causa de la justicia y a la defensa de los más débiles. No sería extraño que en el tercer milenio se les comience a acusar de “relativistas” al comportarse con tolerancia y respeto con los hermanos de otras creencias religiosas. No debe extrañarnos: estar

en la frontera no es una moda para la Compañía de Jesús sino parte de su identidad y de su misión en la Iglesia.

## VII. Una autodefinition de AUSJAL

Queremos terminar nuestra ya larga exposición. Y no queremos dar ideas nuevas sino apropiarnos de las palabras con las que los mismos representantes de AUSJAL autodefinen la misión de las universidades confiadas a la Compañía de Jesús en América Latina. Ellas, creemos, son el mejor resumen de todo lo que hemos estado diciendo a lo largo de nuestra exposición. Y eso tanto en sus grandes metas como en los puntos concretos tan apropiados para una evaluación del trabajo de pastoral universitaria y que hemos también aprovechado ya en nuestra exposición.

El primer punto es el “desde donde” enfocamos todo el trabajo Universitario. ¿Cuál es el “interés de nuestro conocimiento” cuando emprendemos la empresa universitaria? Esa intención profunda condiciona todos nuestros esfuerzos y los hace o los despoja de su dignidad cristiana. Esto lo expresan muy bien dos preguntas fundamentales que inauguran el documento de AUSJAL: “Los poderes, saberes y haberes predominantes en el continente están ordenados a producir vida y a crear sociedades más dignas y más justas? ¿Vivimos y somos protagonistas de una cultura abierta a Dios y abierta al hermano o va prevaleciendo con eficacia una cultura cerrada en la que hay poco lugar para la solidaridad y la trascendencia?” (AUSJAL 1).

Los dos grandes retos: el de la justicia y el de la cultura.

¿Qué realidad tenemos en América Latina?

A pesar de algunos logros innegables, (pues no vamos a decir que todo es negativo), sin embargo América Latina no vive su mejor momento histórico: un grupo de sociedades, absorbidas por el remolino de la globalización, que van retrocediendo en su aporte y significación mundial y profundizando el abismo entre ricos y pobres. Las ventajas que tenía América Latina en el pasado –recursos naturales, materias primas y mano de obra barata van desapareciendo con los nuevos materiales sintéticos y la creciente automatización (AUSJAL 20-22).

Ante esta situación de retroceso histórico el reto es inmenso, pues se trata de construir un continente nuevo: estable políticamente (para atraer inversiones), unido socialmente (distribuyendo equitativamente beneficios y

cargas), y con mayor capacidad de producción y organización. ¿Quién va a producir este milagro en el continente?

El elemento clave para construir el futuro es la educación. Ella es capaz de potenciar el elemento humano que pone el valor agregado a todas las cosas creando la riqueza y el progreso. El ser humano es el factor clave del desarrollo. En América Latina necesitamos incrementar radicalmente la capacidad humana productiva y organizativa de nuestras sociedades pero eso sí orientada y animada por nuevos valores de solidaridad (AUSJAL 15) y de apertura a la trascendencia. La auténtica pobreza de América Latina es el talento desperdiciado o no bien formado (AUSJAL 25). El engaño es buscar la Universidad como acceso a la riqueza existente y no tanto como la capacitación para crear la riqueza inexistente: no oro ni plata sino sociedades dignas y medios de existencia suficientes para todos (AUSJAL 16).

Este es el reto que la justicia lanza a quienes con espíritu de fe trabajan y estudian en una universidad de la Compañía de Jesús en América Latina. Las Universidades de inspiración cristiana no pueden seguir preparando “profesionales exitosos para sociedades fracasadas” (AUSJAL 69), ni tampoco seguir enriqueciendo a Estados Unidos con un permanente éxodo de los mejores talentos. Tienen que formar profesionales exitosos para sociedades que pueden y deben salir de su fracaso. En esta grandiosa empresa ¿dónde está el fallo fundamental, en la calidad académica que exigimos o en la consecuencia ética que debemos de transmitir? Con otras palabras, ¿dónde fallamos más: en ser “universidades” o en ser “católicas, de inspiración cristiana, jesuíticas”? Se trata ni más ni menos de llevar a la universidad la mística de fe y justicia de la misión de la Compañía de Jesús. Sí, queremos universidades excelentes pero para convertir nuestras sociedades en comunidades dignas para todos y no para seguir enriqueciendo a unos pocos. Y esto difícilmente será posible sin el fermento de la fe cristiana.

AUSJAL ha propuesto con fuerza el reto de la justicia al que se tiene que enfrentar la Universidad y la pastoral universitaria. Pero ¿y el reto de la cultura? ¿En qué consiste? ¿Cómo se puede formular? ¿Cómo podemos comprender con claridad este nuevo reto para poder enfrentarlo mejor en nuestra pastoral universitaria?

La universidad latinoamericana se precia de ser heredera de la modernidad occidental que tantos adelantos ha proporcionado a la humanidad en estos últimos siglos. Es innegable. Pero si nuestra universidad es muy consciente de estos avances (sobre todo en el campo de las ciencias y las tecnologías) lo

es menos de los engaños y callejones sin salida de la modernidad. Podemos sintetizarlos hablando de consumismo, darwinismo social, desierto ecológico, agnosticismo.

Por si fuera poco lo dicho, tenemos que ser conscientes que ya no estamos en época de cambio sino en cambio de época: pierden relevancia las instituciones que fundaban el antiguo orden: estados nacionales, Iglesia, familia, partido político, sindicato (AUSJAL 54.56).

En este inmenso cambio una de las labores más importantes de la Universidad de inspiración cristiana es una labor de discernimiento cultural: cómo asimilar los valores de la modernidad sin hacer peligrar los valores cristianos de la solidaridad humana y la apertura a Dios.

Podíamos terminar nuestra exposición con una frase de AUSJAL que puede ser buena formulación en América Latina del ideal de una verdadera pastoral universitaria no separa fe y vida sino que las une íntimamente: Poner en nuestros países la riqueza, el saber y el poder al servicio de la persona humana, de toda persona humana, “sólo puede lograrse si la realidad del Dios amor es una fuerte vivencia personal y al mismo tiempo está equipada de los saberes científicos, técnicos y organizativos propios del mundo universitario” (AUSJAL 94).

Recife, mayo de 1999.

Nota: Esta ponencia fue realizada en el marco del V Encuentro del Sector de Pastoral – AUSJAL, en Recife-Brasil, en mayo de 1999. Posteriormente, se publicó en la revista Cuadernos de Reflexión Universitaria. N° 28, de la Universidad Iberoamericana de México.